

Actualidad Internacional

¿Volverá a entrar Bush en escena?



ESCRIBE

William F. Buckley, Jr.

Leslie Gelb, que dejó el New York Times para servir como presidente del Consejo de Relaciones Exteriores, escribió un buen párrafo en su (interminable) exploración de la cuestión bosnia, que a todos nos asedia (interminablemente). El escribió:

"Los EE.UU. y otras potencias obviamente no pueden y no deben usar la fuerza en todos los lugares en que se mata la gente. Pero admitir que las grandes potencias o la ONU no deben intervenir en ninguna parte a menos que intervengan en todas partes, es pura tontería. No intervenir en ninguna parte complace sólo al tonto dios de la consistencia. Los líderes tendrán que practicar una altamente imperfecta selección internacional y ahorrar lo más que razonablemente puedan. Ellos no pueden mantener la civilización y mirar para otra parte".

Este análisis maneja bien el problema del imperativo de Woodrow Wilson, que era el de que los EE.UU. tienen la responsabilidad de hacer que el mundo sea seguro para la democracia. Cuando entramos en Somalia dije que una superpotencia no debería abstenerse del aristocrático ejercicio del poder con fines claramente filantrópicos.

Yo creo que este punto de vista de la cuestión somalí ha quedado justificado retroactivamente. Somalia no es un país restaurado, pero se puso coto al hambre y las enfermedades a un precio exiguo, y por generaciones se recordará que intervinimos para salvar de la hambruna a todo un pueblo.

Los euclidianos saltaron en ese momento con una lista de otros 28 países más menos hambrientos y preguntaron: ¿Por qué no hacemos lo mismo por ellos? La más obvia res-

puesta es: Porque no podemos; no tenemos los recursos para hacer eso. Y Gelb hace el elocuente planteamiento de que, el hecho de que no podamos ayudar a todos no significa que no podamos ayudar a nadie.

La mayor matanza desde Hitler —desde un punto de vista per cápita, mayor que la de Hitler— fue la de Pol Pot en Cambodia entre 1975 y 1978. Esto ocurrió inmediatamente después de Vietnam, cuando los grilletos contra una acción del ejecutivo eran más firmes que nunca.

Recuerdo las asombrosas palabras pronunciadas por el entonces Senador George McGovern, líder del movimiento pro retirada de Vietnam del Sur. En una audiencia senatorial preguntó: ¿Por qué no enviamos una unidad militar a Cambodia a poner fin al derramamiento de sangre?

La respuesta a esa pregunta es que el Congreso había decidido —en parte a pedido de McGovern— nuestra retirada militar de esa parte del mundo. Pero nuestra parálisis frente a Cambodia no debe acosarnos hasta el punto de impedirnos actuar en otras partes del mundo.

El problema concreto que encara Bill Clinton es decirnos lo que puede hacerse y después, formular una política que obligue a la potencias europeas. El tendrá que explicar cuáles son los peligros de seguir sin hacer nada. Tal vez podamos persuadirnos de que nuestro pesar por los sufrimientos en Bosnia tendrán que permanecer platónicos.

Pero tal vez no podamos persuadirnos de que podremos permanecer impasibles ante lo que bien pudiera suceder si no hacemos nada. Los serbios son movidos por la moral de un

ejército en marcha, y si se dirigen al sur, lo que ha sido una guerra civil se convertirá en una guerra que con casi toda seguridad arrastrará a Grecia y a Turquía.

Una guerra entre dos miembros de la OTAN, animados de un espíritu de venganza contra el infiel, pudiera provocar: a) el fin de toda posibilidad de paz en el Cercano Oriente; b) una movilización de la determinación islámica de conquistar Serbia; y c) la amenaza de trastornos civiles en la parte meridional de la antigua Unión Soviética, con implicaciones para Rusia y Ucrania que pudieran significar volver a vivir bajo la amenaza de destrucción nuclear.

Todos estos acontecimientos afectarían primero a Europa que a EE.UU. Lo mismo ocurrió cuando la Guerra Fría. Durante 40 años tuvimos que tragarnos la ironía de que algunos de nuestros aliados —que hubieran sido los primeros afectados— se beneficiaran de nuestra política, sin hacer los requeridos sacrificios para llevar a cabo esa política. Pero cualquier represalia al respecto hubiera sido petulante y autodestructiva. No paga castigar a un aliado delincuente por abandonar un objetivo común.

Estos anárquicos días demandan una acción dramática por parte de Clinton. El debería llamar a George Bush y pedirle que sirviera de mediador especial. Bush pudiera viajar a Londres y París, Bonn y Roma y Bruselas, y probar si lo que una vez hiciera de manera tan brillante en 1991 puede hacerse una vez más.

Si Clinton piensa seriamente en recurrir a los portaaviones y la Infantería de Marina, debería prepararse para recurrir a los servicios de un depuesto presidente.

CARTAS

Entrevista

Señor Director:

En entrevista efectuada al señor Ricardo Rivadeneira, vicepresidente de Renovación Nacional, su diario ha destacado algunos conceptos emitidos por dicho personero, quien califica de "timorata y de maricas" las políticas que se estarían adoptando en la derecha. Al presentarse las ideas del señor Rivadeneira como un contrapunto a un dirigente de la UDI y al titular destacado con esos adjetivos, algunos lectores bien pueden interpretar que tales mensajes están dirigidos en contra de nuestra colectividad.

Al respecto, permítanos señalar que la calificación de "timorata" no viene particularmente al caso. Sin entrar en análisis semánticos, es bueno recordar que la primera acepción de "timorata" es que tiene el santo temor de Dios y que se gobierna por El en sus operaciones. No es tan malo, pues, tener santo temor de Dios. Sólo en su segunda acepción es sinónimo de tímido. Pero entonces no comprendemos que ello pueda alcanzarnos, considerando que la UDI no es un partido propiamente tímido o poco definido frente a la realidad nacional. Ni tampoco lo es su aspiración de alcanzar la mayoría de los diputados en un pacto que incluya a la UCC frente a la actitud candorosa de RN, que cree que con exclusiones se puede remontar una situación adversa, de la cual, por lo demás, el principal responsable es dicho partido.

Ahora bien, con respecto del otro calificativo, estimamos mejor no pronunciarnos. El término "marica" está en desuso entre los hombres que llaman las cosas por su nombre. En todo caso, se trata de un lenguaje impropio de un dirigente político y cuyo uso periodístico nos recuerda el tiempo de la Unidad Popular, el que ya creíamos superado.

Finalmente, respecto de las actuaciones políticas del señor Rivadeneira, sólo queremos recordar una: fue elegido como primer presidente de Renovación Nacional para reflejar en él un equilibrio entre las tres corrientes que dimos origen a ese partido. El señor Rivadeneira, en una actitud irresponsable y no precisamente recia, abandonó a medio camino y sin aviso previo sus responsabilidades, provocando así la primera división de Renovación Nacional.

Domingo Arteaga E.
Secretario General

Unión Demócrata Independiente

REVISTA de PRENSA

Crisis venezolana

Caracas, 31 de mayo (dpa) - Un presidente gobierna desde el palacio de Miraflores, el otro continúa en la residencia oficial La Casona y el nombre del tercero se baraja entre la alta dirigencia partidista, mientras el gobierno provisional no toma decisiones: piezas de la actual crisis venezolana, según analistas.

Comentaristas políticos coinciden en calificar de prueba de fuego para la democracia el alejamiento de Pérez después de que la Corte Suprema de Justicia pidió su enjuiciamiento y el de los ex ministros Alejandro Izaguirre y Reinaldo Figueredo por la presunta malversación de 17 millones de dólares de una partida secreta.

Sin embargo, después ha prevalecido la confusión.

Inicialmente la alta dirigencia partidista protagonizó un debate si Pérez debía o no renunciar, luego se discutió en torno a las salidas constitucionales a la situación, posteriormente sobre la permanencia de Lepage en el poder (estará un máximo de 30 días) y ahora se barajan los nombres de el mandatario que regirá hasta fe-

brero de 1994, cuando asuma otro electo popularmente.

Mientras esta situación transcurre en los últimos días, el gobierno provisional de Lepage no ha tomado ninguna decisión importante y de hecho continúan al frente de los ministerios los titulares que heredó de Pérez.

Algunos observadores han hecho críticas agudas de la actual coyuntura: Lepage gobierna con los ministros de Pérez, mientras el presidente separado recorre el país en una especie de campaña de reivindicación, usando medios oficiales para tal fin y atrincherado en La Casona, residencia presidencial.

Aunque Pérez no puede tomar ninguna decisión oficial, la dualidad del poder, de acuerdo con analistas, quedó al descubierto el martes último con el autogolpe del presidente guatemalteco Jorge Serrano Elías.

Por un lado, Lepage hizo un escueto pronunciamiento, mientras Pérez se comunicó por teléfono con diversos líderes políticos de la región, incluidos el secretario de la Organización de Estados Americanos (OEA) y el propio Serrano Elías.

El panorama se ha confundido, en parte, debido a las lagunas de la constitución venezolana ante una situación inédita como la que se vive en la actualidad con un presidente separado, acusado por la Fiscalía General de malversación y con un juicio penal ante la Corte Suprema.

De acuerdo con constitucionalistas, Pérez está separado y podría volver al poder si se demuestra su inocencia antes de concluir el período gubernamental en febrero de 1994.

Por su parte, Lepage tiene un mandato provisional de un mes al ser el presidente del parlamento en una situación de separación.

El cuerpo legislativo debe designar a otro primer mandatario.

Entre los nombres que la dirigencia partidista baraja para ocupar la preciada silla presidencial, aparecen el del senador independiente Ramón J. Velásquez, el ex presidente del Consejo Supremo Electoral Carlos Delgado Chapellín, el actual presidente de Petróleos de Venezuela Gustavo Rosales, y el dirigente socialcristiano Humberto Calderón Berti.